

061. ¿Carácter?... Como el de Jesús

Todos sabemos que en la pedagogía moderna se le da mucha importancia a la formación del carácter.

Sin un carácter bueno, sin un carácter firme, sin un carácter constante, hay muy pocas esperanzas —mejor dicho, no hay ninguna esperanza— de que el joven o la muchacha sean el día de mañana unas personas de valer. Serán vulgares, lo cual es una pena. Pero un temor como éste nos favorece muy poco. Por eso, nos proponemos ofrecer algo para la formación del carácter, no solamente el de los jóvenes, sino el de todos, porque todos tenemos que mejorar una de las cualidades que más nos pueden honrar y más nos pueden hacer rendir en la vida. Esto que ofrecemos en nuestro mensaje de hoy es nada menos que Jesucristo.

Ante esto, nos ponemos delante de Jesús, el modelo cabal, y nos preguntamos:

- *¿Cómo era el carácter de Jesús?...*

Y la respuesta la tenemos todos pronta en los labios:

- *¿El carácter de Jesús? ¡Estupendo!... El más extraordinario... El mejor que ha existido... Perfecto en todos sus aspectos...*

Y todas las contestaciones dirían lo mismo: *carácter como el de Jesús, ninguno.*

Pero hoy nos vamos a fijar sólo en un aspecto: en lo recio, vigoroso y firme que era el carácter de Jesús. Dejemos para otras ocasiones su bondad, su amabilidad, su cordialidad..., y tantos aspectos más de Jesús que nos cautivan irresistiblemente. La reciedumbre de su carácter es algo que nos subyuga, a la vez que nos arrastra a su imitación para ser personas de valer.

Ese carácter fuerte y viril de Jesús se manifiesta en tres episodios especiales del Evangelio, cuando se ha de enfrentar a las autoridades de su pueblo. Las respeta, pero no se intimida ante ellas, si es que se interponen ante el cumplimiento de su deber.

Herodes ha matado a Juan el Bautista. La próxima víctima puede ser Jesús. Los fariseos quieren alejarlo de Galilea, echándose de encima, y dirigirlo hacia Jerusalén, donde lo tendrán más a la vista, y puede resultar una presa más fácil. Con maligna intención, le aconsejan a Jesús:

- *Maestro, vete de aquí, de Galilea, dominio de Herodes, porque el rey te quiere matar.*

Jesús ve el lazo que le tienden, y contesta firme y sin miedos:

- *Id, y decidle a ese zorro que no me voy. Marcharé cuando quiera yo. Cuando haya cumplido entera mi misión aquí* (Lucas 13,32)

Y en Galilea se quedó hasta que llegó el momento de ir a consumir su misión en Jerusalén.

Aquí, en la Capital, es apresado y llevado al tribunal del pueblo. A los sumos sacerdotes les interesa pillarlo en blasfemia.

Caifás, entonces, se le dirige con una pregunta muy calculada:

- *Te conjuro en nombre del Dios vivo. Dinos, ¿eres tú el Hijo de Dios?*

Jesús comprende toda la malicia escondida en estas palabras. No lo va a negar, mintiendo. Y, si lo confiesa, firma con ello su sentencia de muerte por parte de los judíos. Valiente, responde:

- *Sí. Yo soy el Hijo de Dios. Y un día me veréis sentado a la derecha de la Majestad de Dios y venir glorioso como Juez sobre las nubes del cielo.*

Naturalmente, la respuesta de la Asamblea fue la esperada y tramada por ellos:

- ¡Blasfemo! Es reo de muerte (Mateo 206,063-0604)

Pero falta lo último y lo principal. No pueden los judíos ejecutar una sentencia de muerte, y menos en la cruz, si no es impuesta y ratificada por el gobernador romano.

Pilato se cuida muy poco de que ese nazareno revoltoso se declare hijo de Dios. Lo malo es si se rebela contra el emperador. Y los judíos saben acusarlo bien: *Te traemos a éste porque se declara rey, y, por lo tanto, se constituye en enemigo del César.* Pilato entonces le pregunta a Jesús sin rodeos:

- ¿Así, que tú eres rey?

Jesús sabe que se juega la última. Sin embargo, no se tira para atrás:

- Sí; yo soy rey (Juan 18,27)

Y viene lo irremediable: la sentencia, y la ejecución en el patíbulo de la cruz. Su carácter inquebrantable ha llevado a Jesús a asumir todas las consecuencias de sus palabras. Ante el deber, no ha retrocedido ni un milímetro.

¡El deber! Es también para nosotros una palabra sagrada.

¿Quién se tira atrás ante las obligaciones que le impone el deber? Solamente la persona de carácter débil. De aquí, la necesidad y la obligación que sentimos cada uno de formarnos el carácter.

¿Tirarme atrás ante una obligación cualquiera? ¡No!...

¿Rehuir el espíritu de sacrificio? ¡No!...

¿Negarme a un servicio que se me pide, porque cuesta? ¡No!...

¿Ser inconstante en las cosas que me he propuesto? ¡No!...

¿Perder la confianza de los demás, porque ven mi flojedad y poca valentía? ¡No!...

Nada de todo esto en mí estaría conforme a la imagen que los Evangelios me presentan de Jesús.

¡Jesús!

Para valer como Tú; para tener mi conciencia tranquila como Tú; para ganarme la confianza de todos como Tú, dame un carácter como el tuyo, firme siempre ante mis deberes sagrados...